

María Martínez

La
fragilidad
de un
corazón
bajo la lluvia

CROSS
BOOKS

María Martínez

La
fragilidad
de un
corazón
bajo la lluvia

CROSS
BOOKS

Es duro aferrarse a un sueño.

Lo hice durante mucho tiempo, y nunca dejé de creer que debía de haber algo mejor que aquella vida errática por la que mi madre me arrastraba.

Lo había.

Lo descubrí a los doce años.

Cuando estaba a punto de rendirme.

Cuando ya había dejado de esperar.

Llegué a un lugar en el que encajaba. Poseía todo lo que siempre anhelé: luz, calor, risas, momentos extraordinarios... seguridad.

Y ellos.

Sobre todo, ellos.

Dejé que abrieran la caja donde había guardado mis latidos, mis palabras y la esperanza, recubierta por una fina película de polvo. Confié y me dejé llevar, permití que alimentaran mis sueños. Crucé al otro lado del espejo, creyendo que allí todo sería eterno.

No lo fue.

No salió bien.

Terminó, y lo único que aprendí de aquel tiempo es que

hay personas que nacemos para ser abandonadas. Antes o después, siempre acaba pasando. Se deshacen de nosotros.

No importan las promesas. Es tan fácil incumplirlas como lo fue pronunciarlas.

«Adiós.»

Cuánto dolor pueden causar esas cinco letras, hasta que descubres que no existen tiritas ni medicinas para calmarlo, y solo puedes protegerte de él. Evitar esa sensación de abandono, cuyo único tratamiento es el olvido. Un olvido meticuloso y selectivo.

Esa certeza me transformó y cambió mi forma de relacionarme con los demás.

Aquel día, sentada frente a Eliza, aún no era consciente de hasta qué punto había desaparecido dentro de mi propio cuerpo. Ni de que los últimos ocho años solo habían sido una sucesión de días, semanas y meses sin más trascendencia que el simple paso del tiempo. Porque el tiempo había pasado y yo no.

Mis miedos se habían transformado en cadenas invisibles a las que me acostumbré sin darme cuenta. No hacer nada era mejor que arriesgarse, avanzar o cambiar. Mejor que abrirse, confiar e ilusionarse. Porque, si solo me limitaba a ser, las posibilidades de descubrir cuál era esa tara que me hacía tan prescindible en la vida de los demás se reducían bastante.

Apenas recuerdo cómo empezó ese día.

Podría haber sido un día más. Un martes cualquiera como tantos otros. Pero no lo fue.

Tuve que perderlo todo para darme cuenta de que nunca había tenido nada.

Que para poder avanzar, debía retroceder.

Para encontrarme, debía perderme de nuevo.

Un martes cualquiera

—Deberías decirle algo —me susurró Eliza—. El diseño es tuyo y mereces que se reconozca tu talento. Esa mujer se lleva todo el mérito, mientras tú vives a su sombra y nadie sabe que existes.

Me humedecí los labios, incómoda, y paseé la vista por la gente que abarrotaba el restaurante español en el que comíamos un par de veces a la semana, a medio camino entre mi trabajo y la floristería de Eliza.

Esa misma mañana, mi jefa había presentado el nuevo logo para una discográfica independiente neozelandesa. Mi logo. Mi diseño. Del que se había adueñado sin ningún reparo, otra vez.

Llevaba tres años aguantando aquella situación, esperando un contrato como diseñadora que no llegaba nunca, malviviendo como una estudiante becaria en prácticas indefinidas. Tres años, nueve campañas que habían funcionado gracias a mis ideas y mi trabajo. Por las que había sacrificado tantas cosas.

Sin embargo, para el mundo yo solo era la chica que servía cafés, tomaba notas y hacía los recados.

Sabía que Eliza tenía razón. La culpa era mía por permitir

que Verónica se apropiara de mis obras. Al principio, porque valoraba más la experiencia que iba adquiriendo y las perspectivas de futuro que danzaban en mi horizonte una vez que me licenciara. Ahora, porque esa mujer era el Demonio y, si me marchaba sin su consentimiento, ya podía olvidarme de volver a trabajar en el sector. Tenía mucha influencia en el mundillo y frustraría cualquier oferta que pudiera recibir.

—Tu jefa es una bruja.

—Lo sé —admití.

Verónica era una mujer muy complicada y difícil de tratar. No brillaba por su comprensión ni su simpatía. Era fría y, en ocasiones, muy despótica. Por suerte, yo nunca había sido el objetivo de sus arrebatos. El truco consistía en no abrir la boca, entregar el trabajo a tiempo y darle siempre la razón.

—Podrías dejarla en evidencia y que sus clientes descubrieran la verdad.

—Dudo de que mi palabra sea suficiente para convencer a nadie —repliqué. Di un sorbo a mi café—. Necesito el dinero, Eli. No puedo permitirme perder este trabajo.

—¿Y vas a conformarte sin más?

—Yo no he dicho eso. Solo que debo esperar un poco, antes de tomar otras medidas.

—¿Como cuáles?

—Ahora que conozco todos los entresijos, montar mi propia agencia de publicidad sería una opción.

—¿Y por qué esperar para eso? Andrew podría echarte una mano. Las cosas le van bastante bien.

Sonreí sin poder ocultar lo orgullosa que me sentía de él. Tras graduarse en la universidad, se había arriesgado a crear su propio negocio. Desarrollaba aplicaciones para teléfonos móviles y en el último año había logrado posicionarse entre las empresas más punteras del sector.

—Ya sabes lo importante que es para mí no depender de nadie, y menos de Andrew.

—No creo que aceptar su ayuda te convierta en una mu-

jer dependiente. Lleváis dos años viviendo juntos y algún día formaréis una familia. Compartiréis muchas cosas y el dinero será una de ellas.

—Quiere que deje de trabajar cuando nos casemos.

Me llevé a la boca un pellizco de la tarta de manzana que compartíamos y rehuí su mirada suspicaz.

—No me habías contado nada de eso.

—Es algo a largo plazo y tenemos que hablarlo con calma. Por eso no te he dicho nada.

—Una cosa es dejar que te ayude y otra muy distinta que lo abandones todo.

—Bueno, lo que quiere en realidad es que deje la agencia y monte un pequeño estudio en el que trabajar, que cree algunas obras, busque un agente y trate de exponer. Incluso intentarlo en el mundo editorial, ya sabes, ilustrar libros, cuentos, diseñar cubiertas...

Eliza se inclinó sobre la mesa y pude ver cómo sus ojos se iluminaban.

—Pero ¡eso es genial, Darcy! Ser artista profesional es tu sueño desde... desde siempre. Por eso elegiste Bellas Artes como carrera.

—Así es... pero...

Guardé silencio sin saber muy bien cómo explicar ese sentimiento que me llenaba el pecho cada vez que pensaba en esa posibilidad. Pintar, ilustrar, crear arte desde un simple papel.

—¡Eh! —Eliza me tiró una bolita de pan. Me había quedado ensimismada, divagando. Insistió—: ¿Pero?

Suspiré con ese deje de derrota que solía impregnar mi voz cuando hablaba sobre el tema.

—¿Sabes lo difícil que es convertirse en una artista que logre exponer sus trabajos? Y de ganar dinero con ello ni hablamos. —Apuré el café y negué con la cabeza—. Si no sale bien, y no saldrá, perderé todo lo que he conseguido hasta ahora.

—¿Te refieres a trabajar cuarenta y cinco horas a la semana y ser la esclava de Verónica el resto de tu vida? ¡El sueño de cualquiera!

La fulminé con la mirada. Ella encogió un hombro sin ningún indicio de arrepentimiento. No podía culparla por ser tan directa conmigo. Era así desde que nos conocimos en la residencia de estudiantes, cuando la casualidad nos hizo compañeras de habitación y se convirtió en mi mejor amiga.

—Bueno, prefiero ser la esclava de una loca egocéntrica que una esposa mantenida y culona.

—¿Culona?

Me aparté el pelo de la cara con ambas manos.

—Anna ha comentado una de nuestras fotos en la cuenta de Instagram de Andrew: «Deberías decirle a tu chica que ese vestido no favorece a una mujer de trasero generoso».

—¡Menuda arpía! Se muere de envidia.

—Está enamorada de él desde la universidad.

—Pues que lo supere de una vez, es tu chico y ella no deja de perseguirlo. ¿Acaso no tiene dignidad?

Sonreí.

—No me importa.

—Pues debería importarte un poquito. Las chicas como ella no tienen ningún reparo a la hora de inmiscuirse en una relación, y ya sabes lo que dicen... «El que la sigue la consigue».

El estómago me dio un vuelco. Andrew era la parte más estable y segura de mi vida, la idea de perderlo me provocaba un gran malestar.

—Andrew no me engañaría. Ni tampoco me dejaría.

—Claro que no, es un chico estupendo y te quiere muchísimo. —Con los codos en la mesa, Eliza hundió el rostro entre las manos y soltó un gruñido—. Si tú tienes el trasero grande, entonces el mío debería llamarse Moby Dick.

Fruñí el ceño.

Me molestaba que dijera esas cosas sobre sí misma, por-

que no era ella la que hablaba, y sí las inseguridades que su madre había sembrado en su autoestima desde siempre.

Ninguna de las dos habíamos tenido suerte en ese sentido.

Eli era preciosa, con unos ojos verdes impresionantes y una melena rojiza que le caía hasta media espalda. Tenía la piel perfecta que yo siempre había deseado, y su cuerpo no tenía nada que envidiarle al de una modelo de bañadores. Solo había que fijarse en cómo la miraban los hombres para darse cuenta de que no le sobraba nada.

—Tu culo es perfecto —dije mientras le lanzaba un beso. Me guiñó un ojo de forma seductora. Sonreí y suspiré.

—Andrew quiere que vayamos de vacaciones con sus padres.

—Algo me dice que tú no.

—No sé, pasar dos semanas viajando con su familia es bastante serio. Un paso importante.

—Bueno, ese chico y tú lleváis cuatro años saliendo. Compartís casa desde hace dos. Tienes un anillo de compromiso. ¡Vuestra relación es seria, Darcy!

—Lo sé, lo sé... Es solo que, de repente, todo va muy rápido.

—O tú muy despacio —susurró.

La miré, contrariada.

—¿Qué significa eso?

—¿Ya has fijado una fecha para la boda?

—Acabo de cumplir veinticuatro años, ¿dónde está el fuego?

—¡A eso me refiero! Hace un año que te comprometiste formalmente. Ese momento pone en marcha la cuenta atrás hacia el altar y tú ni siquiera has elegido una fecha.

—No, pero tampoco tenemos prisa.

—¿De verdad eres consciente de lo que significa aceptar un anillo y pronunciar las palabras mágicas «Sí, quiero»?

—Por supuesto, pero ¿quién dice que hay un límite de tiempo entre aceptar el anillo y casarme?

—¿Me lo preguntas en serio? —Eliza tomó aire, haciendo acopio de paciencia—. Darcy, ¿sabes cuál es la peor parte de ser la mejor amiga de alguien? Que tienes la obligación de decirle todo aquello que no quiere oír. —Supe de inmediato que no me iba a gustar lo que diría a continuación—. Estás evitando todo lo relacionado con la boda. Cualquiera chica en tu lugar se estaría volviendo loca con los preparativos, buscando el vestido perfecto, eligiendo invitaciones, tachando los días que faltan en el calendario... Pero tú... —Negó con la cabeza y arrugó el entrecejo, como si yo fuese algún tipo de rompecabezas que no lograba resolver—. ¿Estás segura de que quieres casarte?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que sí.

—Pues avanza, Darcy. Toma decisiones, arriésgate y deja de temer los cambios. Sal de esa burbuja en la que vives, en la que parece que el tiempo no pasa y en la que no cabe nadie más que tú. Planea la boda. Dale una oportunidad a la familia de Andrew, ve de vacaciones con ellos, conoce gente. —Puso una mueca—. ¡Deja de esconderte del mundo!

—No me escondo y... ¡conozco gente! Conozco gente todos los días —salté a la defensiva.

—¿Ah, sí? ¿Cuántos amigos tienes además de mí? —Abrí la boca para contestar, pero Eliza me cortó como si tuviera superpoderes y pudiera leer mi mente—. Andrew no cuenta, y tampoco tu familia. Ni tus compañeros de trabajo.

Quise replicar, pero no contaba con argumentos para ello. Eliza tenía razón. Ella lo sabía y yo lo sabía. Conocía los motivos tan bien como yo, porque era la única persona con la que había compartido mis miedos. Mis recuerdos.

Me llegó un mensaje al teléfono, era de mi jefa. Lo abrí.

—¡Mierda! Tengo que irme —exclamé mientras me ponía en pie y comenzaba a recoger mis cosas.

—¿Qué ocurre?

—Verónica necesita unos bocetos para un cliente y me los he dejado en casa. —Rebusqué en el bolso—. ¿Dónde demonios he metido la cartera?

—No te preocupes, pago yo.

—¿Seguro?

—Tú invitas el próximo día.

Me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Eres la mejor.

—Lo sé.

—Te llamo más tarde.